

Del pragmatismo al fundamentalismo en las ciencias sociales

José Luis Orozco Alcántar

Universidad Nacional Autónoma de México

giusluig@mail.politicas.unam.mx

Resumen

El presente ensayo corresponde a una reflexión académica sobre Estados Unidos y la globalización. La intención de análisis en *simple tiempo contemporáneo* de las condiciones internacionales se ubica dentro de los márgenes establecidos por la hegemonía económica e intelectual de los Estados Unidos y una globalización que proclama un Segundo Siglo Americano. En el paso de la hegemonía intelectual, el crítico de pretensiones moralistas es desplazado por un operador pragmático que invoca la titularidad de la “objetividad” y la ciencia. Todo ese engranaje científico renueva la teología en la mitología laica del neoliberalismo y sus estrategias realistas traducidas en la consolidación de una Seguridad Nacional ahora aplicable al mundo entero. ¿Qué lugar queda entonces para el diálogo y el contraste entre diversas realidades sociales?

Palabras Clave: hegemonía, pragmatismo, Estados Unidos

FROM PRAGMATISM TOWARDS FUNDAMENTALISM IN SOCIAL SCIENCES

Abstract

The following essay offers several thoughts on the relation between US, Globalization, and the state of Social Sciences today. The tendency towards simple studies on the present international conditions seems to relate both to the boundaries established by the economic and intellectual hegemony imposed by the US, and a globalization that acts as herald of a Second American Century. This intellectual hegemony replaces moral thought and its scholars with pragmatic operators who invoke the authority of “objectivity” and science. This scientific apparatus is renewing a theological aspect in neoliberalism’s laicist mythology, while its realist strategies are deployed in the task of consolidating a worldwide National Security perspective. ¿Is there still some room for dialogue and contrast amongst diverse social realities?

Keywords: Hegemony, pragmatism, US

1. La caja de Pandora

Son muchos los temas que la apertura de la caja de Pandora del universo musulmán arroja ante nuestros ojos. Al parecer, asistimos a una especie de salto al vacío que la gran prensa y los diversos medios de comunicación han tratado de presentarnos como inéditos, sin más arma para afrontarlos que un pragmatismo impregnado, ahora, de terror y, sin embargo, decisivo durante el siglo pasado para solidificar paso a paso y zona a zona la hegemonía mundial de los Estados Unidos. Hoy, en manos de cabalistas y profetas —Paul Wolfowitz, William Kristol, Robert Kagan, Norman Podhoretz o Condoleezza Rice—, el proyecto del Segundo Siglo Americano entra, ciertamente, en una fase crucial en la cual el obediente intelectual tecnocrático queda bajo el tutelaje moral de la teología y la geopolítica y el fundamentalismo asociados a la más terrible capacidad técnica de destrucción. Híbridos de iluminados religiosos y ejecutivos corporativos, sólo la ignorancia histórica permite ver en los llamados intelectuales de la Cábala, a personajes sin precedentes en la política exterior norteamericana y olvidarnos de la impronta de Reinhold Niebuhr o John Foster Dulles en el Siglo XX. No obstante, para el resto del mundo atemorizado, lo que ellos diseñaban, antes de los descalabros de Irak, era simplemente una *nueva arquitectura mundial*, fuera ésta lo que fuera. Para George Bush, en cambio, tenemos a la vista una *revolución democrática global*.

Pensar justamente que nos hallamos en la encrucijada de lo jamás visto, contribuye a hacernos creer que los supuestos recién llegados a la política internacional acarrearán consigo un cambio cualitativo, tanto en los *hechos* como en el *pensamiento*. Por más que los singulares personajes *straussianos* declaren acudir a la filosofía y la teología para imprimir el curso definitivo de la historia, el componente todavía impreciso de ese desarrollo sigue siendo, a más de dos décadas de su postulación maravillosa, el de la llamada *globalización*. Lo específico de nuestro tiempo, se nos dice, reside en el tránsito, al interior de aquel proceso, de un desenvolvimiento ya no acotado por ideologías, espontáneo y neutral, tecnológico, cultural y comercial, definible, incluso, como el *fin de la historia* por Francis Fukuyama (1992), hacia una fase conflictiva que el realismo escrutador de enemigos de Samuel Huntington (1996) caracteriza como el *choque de las civilizaciones*. Nada

menos, y según esa visión, atestiguamos la conjunción de las dos grandes órbitas del poder y el intercambio internacional, la una económica, el *laissez faire*, la otra política y militar, la *pax americana* y su doctrinarismo de la Seguridad Nacional.

Desde luego, sería y es absurdo que las ciencias sociales, y en especial el estudio de las relaciones internacionales, hayan emprendido el estudio de la “nueva correlación de fuerzas” como si se tratara de un rompecabezas *en simple tiempo contemporáneo*. Si bien es cierto que así nos lo dictan los manuales más respetables que, desde Harvard o Yale, aportan los *criterios científicos últimos* para entender la complejidad (por lo general *imparcialmente* adversa para las periferias) de *las cosas tal y como son*. Con ello, el pensamiento “en tiempo presente” —el único pragmática y empíricamente asible— hace desaparecer cualquier referencia al hecho de que la globalización, en términos de *americanización* del mundo, se inicia en 1898, cristaliza en 1918 y convierte en 1941 al Siglo XX en el *Siglo Americano*, en la voz agresiva del magnate periodístico Henry Luce. Sin contar con esas coordenadas elementales, el análisis de la globalización, y sus correlatos corporativos, libre-cambistas y militares, omite la verdadera naturaleza, las proyecciones y las tendencias sustantivas del complejo imperial montado casi inmediatamente después de la guerra de independencia de los Estados Unidos e inexplicable, en su sentido expansionista y agresivo, si se prescinde de su consideración histórica.

2. El momento imperial

El primer momento de la globalización, la *spendid little war* de 1898 para ocupar los remanentes americanos y asiáticos del imperio español, configura pragmáticamente lo que Charles Arthur Conant (1900), *liaison officer* entre los hombres de Washington y Wall Street, bautiza entonces como *imperialismo informal*. Para evitar los costos políticos, tributarios y militares de los viejos imperios, singularmente el inglés, la hegemonía de bajo costo político y alto rendimiento económico se asienta ahora en las reformas monetarias y aduanales, la inversión privada, la absorción financiera, los acorazados y los marinos al acecho y el pragmatismo que rehúye todo compromiso colonial formalizado. Ello permite, al juicio del rectorado estadounidense, la fácil conciliación de la democracia y el imperialismo, cuyo

nombre va evaporándose a medida que transcurre la primera década del siglo. ¿Cómo hablar de imperialismo si lo único que se pretende es liberar y enseñar la democracia a pueblos sojuzgados, y si el ambiguo protectorado de Puerto Rico, la independencia subordinada de Cuba y hasta el genocidio brutal como el de las Filipinas no buscan otra cosa que incorporar a esos pueblos al comercio y la civilización, si bien jamás a la *ciudadanía* metropolitana?

Posicionado para desbancar, a partir de entonces, al poderío inglés, el poderío norteamericano incrementa su acceso a los mercados orientales, sobre todo el chino, y decreta como *Mare Nostrum* al Caribe, para, con ello, rehusarse, contra lo pactado en 1850, a compartir el dominio del canal de Panamá. Desde ese mirador privilegiado, los Estados Unidos podrán aguardar la caída del orden europeo que se inicia en 1914 y, bajo la bandera primero mitológica y luego científica del *aislacionismo*, medrar del conflicto como lo hiciera desde las guerras napoleónicas. Ya en 1916, proclama Woodrow Wilson ante el júbilo de la Asociación Nacional de Banqueros, la grandiosa *inversión de la hegemonía financiera* que hace de los Estados Unidos el acreedor mundial. No hay la menor “pérdida de la inocencia”, como la dulcifican sus historiadores oficiales, cuando los Estados Unidos entran oportunamente en la guerra y entablan una *primera guerra fría* contra la naciente Unión Soviética. Tampoco, hay ni *idealismo* ni *ingenuidad* en los 14 Puntos que prepara el beatífico Wilson con los primeros doscientos y tantos especialistas que concurren en 1917 a Nueva York y en *The Inquiry* “organizan la paz mundial” y fundan lo que, en adelante, será la *ciencia de las relaciones internacionales*.

¿Cómo encontrar beatitud, o siquiera objetividad, en el grupo de los académicos, los ejecutivos y los abogados corporativos, los geopolíticos o los militares que, primero en foros inter-disciplinarios e inter-corporativos como el Council on Foreign Relations y más tarde en los departamentos universitarios de ciencia política, fragmentan y “descontaminan” ideológicamente la disciplina para volverla operativa y hacerla consonante con la *scientific management*? Ante la perspectiva cosmopolita y normativa del derecho internacional, la filosofía de la historia y la historia diplomática, la nueva *ciencia de la organización de los intereses nacionales en el ámbito internacional* se pliega, con la conciencia de una complejidad mayor, a los parámetros de la *ciencia de los grupos de presión* y conjuga los conocimientos

útiles para curar lo que Walter Lippmann, inicial teórico pragmático, llama “las mórbidas concepciones de nacionalidad y soberanía que afligen al mundo”. Sólo el sano sentido empresarial-gerencial, cuya *lógica de la ganancia* se entrefiera ahora con la *lógica del poder*, podrá hacer frente a los vestigios dinásticos, nobiliarios o revolucionarios que ensangrentaron en el pasado la convivencia entre los países.

3. El Primer Siglo Americano

A su vez, esa primera etapa de la globalización, basada en la supremacía de las oligarquías bancarias e industriales, sabrá casi de inmediato de las resistencias al interior y al exterior, opuestas a la expansión del capitalismo financiero norteamericano. A las depredaciones y las ruinas perpetradas por los acreedores en el nombre de las reparaciones de guerra, se oponen en esos años, al lado y en contra del *internacionalismo proletario* de la Unión Soviética, los *capitalismos nacionales exacerbados* cuyos ejemplos serán Italia, Japón y Alemania. Si en ese entonces, y sobre todo a partir de la crisis de 1929, el universo que se dibuja, y se reitera durante la Guerra Fría, es el de la bipolaridad del capitalismo y el socialismo, una vez transcurrida la última el esquema de los conflictos mundiales del Siglo XX podrá reducirse por la ciencia social dominante al de la lucha impoluta del *Wilsonianismo* contra los dos grandes enemigos de la libertad, el *Nazismo* y el *Stalinismo*. Si bien este esquema distingue los márgenes de maniobra de los Estados-naciones capitalistas, en el contexto de la gran crisis, también sirve para ocultar las maneras en las cuales, con Wilson o sin él, el fascismo será azuzado y financiado en función de una *lógica de guerra general* contra la Unión Soviética.

La etapa final y definitiva del *New Deal*, la Segunda Guerra Mundial, no se limita a la consolidación de la hegemonía militar de los Estados Unidos. Aunque la hegemonía política aguarde todavía la represión de los partidos comunistas occidentales y la creación de la OTAN, la hegemonía intelectual aparecerá no solamente problemática en relación al dogmatismo racionalista, emancipador y secular del Enemigo principal, la Unión Soviética, sino en cuanto toca a la imponente tradición intelectual de sus propios aliados europeos. Discurso secular y lógicamente articulado, a pesar de (o debido a) sus tensiones ideológicas, superior sin duda

en términos intelectuales, el de la modernidad europea habrá oficialmente de *desconstruirse* (y vetar para sí mismo toda pretensión de universalidad) en la década de los setenta. Pero lo que en ese tiempo se anuncia como un ejercicio de contrición de una generación europea más juiciosa, menos delirante, obedece más a la incursión cada vez más firme (y cada vez más subvencionada) del empirismo pragmático que se inicia en 1950 con el Congreso por la Libertad de la Cultura celebrado en Berlín bajo el financiamiento de la Agencia Central de Inteligencia. La mecánica de los congresos de celebridades, las conferencias altamente remuneradas, las medallas y las premiaciones, las promociones y los títulos, las traducciones en grandes tirajes, la respetabilidad profesoral: todo tritura, lejos de cualquier arrepentimiento por el pasado, toda renuencia intelectual.

Raymond Aron, diligente promotor de la “Americanización” (y, de cuando en cuando, la prusianización consonante con aquella), encabeza la lista de los que operan esa traslación del eje de la hegemonía intelectual de un lado al otro del Atlántico y al sur del continente americano. Si Hans Morgenthau y Leo Strauss, antiguos discípulos de Carl Schmitt, traducen en los Estados Unidos la *realpolitik* al gusto y la necesidad de los *cold-warriors*, Aron traduce, refina e incorpora académicamente en Europa el código pragmático, cada vez más compartido de lo que se entenderá como una *ciencia de las relaciones internacionales*. Con Morgenthau y Strauss, la ciencia norteamericana corroborará en coordenadas europeas al realismo geopolítico y el misticismo filosófico de viejo cuño. Con Aron, a su vez, los grandes diseños de la historiografía y la filosofía política recibirán, en Europa, al empirismo y los juegos de estrategia que fragmentan las grandes narrativas en aras de la eficiencia operativa. Entre la pléyade de discípulos de aquellos, podrán contarse a los hermanos McGeorge y William Bundy, a Henry Kissinger o, luego, a Paul Wolfowitz; entre los del último, a Francois Furet, Thierry de Montbrial o Nicolas Baverez. Pero, si en Europa la tradición laica es capaz de neutralizar algunos exabruptos de Aron y sus discípulos y mantener el discurso en términos seculares y coherentes, el cálculo del poder norteamericano podrá combinar sin disonancias, al lado de los modelos matemáticos y las teorías de los juegos y la toma de decisiones, el impulso cabalístico despejado por la *sabiduría esotérica* de Leo Strauss y sus seguidores.

4. El Imperio del Bien

Así, la distancia que mediaba entre los arquitectos laicos de la guerra fría -Dean Acheson, George Kennan o Paul Nitze- y sus predicadores evangélicos -Niebuhr o los Dulles- queda mediada a través de un pragmatismo moraloide y sin fuerza política, por el realismo que no duda en proclamar una *moralidad radical de la guerra* ante el ateísmo político y estratégico soviético. A la vez, la convergencia de Aron, en los cincuentas, con la sociología de Daniel Bell, puede decretar, a inicios de la siguiente década y en estrictos términos laicos, la llegada del *fin de las ideologías*. Tiempo éste de la extinción de los profetas laicos y sus utopías racionalistas; tiempo, en sentido contrario, de los consultores políticos y militares, de los *think tanks* y de los *Pentagon boys*. Al tono del mercado editorial, la obra de las *superstars* aparecerá en las listas de los *best-sellers* de las ciencias sociales, al margen, por supuesto, de sus financiamientos empresariales y gubernamentales. El intelectual crítico y sus pretensiones normativas es, entonces, desplazado por el intelectual corporativo, inmediatamente ligado a los diversos sectores del Complejo Industrial-Militar y estimulado por las fundaciones del calibre de la Ford, la Rockefeller o la Carnegie. El discurso queda pautado y las reglas del juego aparecen delineadas fuera del ámbito del conocimiento de los mecanismos de la equidad, la igualdad y el cambio social.

De esta manera, el pluralismo, que en apariencia asoma en la impresionante producción bibliográfica estadounidense de los últimos cuarenta años, ofrece como rasgo común tanto el mantenimiento, si no es que la crispación, de la desigualdad internacional, como el centramiento y la irradiación de todas las fórmulas de democracia, virtud económica y ciudadanía global en un único modelo *nacional-universal*. No hay en ese etnocentrismo académico-editorial una simple manipulación y magnificación a conveniencia de los hechos empíricos; al contrario, éstos quedan *científicamente* engranados en la mitología laica -no lejana de la teología- del neoliberalismo. La mano de Dios, vuelta *mano invisible* por la economía clásica, se fusiona ahora con la *mano visible* de la administración y la *decision-making* y, junto a ellas, con la de la *estrategia por la libertad y contra el terrorismo*.

Una combinación tan incoherente apenas si tendría sentido a la luz de las viejas ciencias sociales de la ilustración, el positivismo y el marxismo. Pero ellas ya

no cuentan. Las alternativas científicas contemporáneas, a decir de Joseph Nye (2002), quedan reducidas a los usos que decide hacer la superpotencia mundial del *soft-power* y el *hard-power*, de acuerdo, eso sí, a las lógicas convergentes de la revolución informática y una Seguridad Nacional propia cuya universalidad aparece como incuestionable.

5. La Sociedad Cerrada y sus enemigos

¿Qué debate racional cabe esperar en los ámbitos de una ciencia social que, para comenzar, borra de su agenda desde principios del Siglo XX categorías tan farragosas y empíricamente estériles como el *Estado*, la *soberanía*, el *imperialismo*, las *clases sociales* y otros entes fantasmagóricos? ¿Qué criterios de igualdad -palabra igualmente espectral- si las ciencias sociales han de vincularse a los criterios de productividad y redituabilidad y si la única iniciativa que vale para hacerlo es la del individuo darwiniano que puebla los pasillos de las universidades, las corporaciones, las fundaciones y los salones de la guerra? ¿Cómo adentrarse en una ciencia amable pero absolutamente hermética, y no tan sólo por su monolingüismo general, incapaz de abrirse a otras lenguas, sino por el monolingüismo intelectual cuyo repertorio conceptual y discursivo se encuentra codificado de tal forma que la interlocución crítica no logra penetrar en él o, sencillamente, se vuelve intrascendente? ¿Cómo despertar en los multitudinarios Congresos internacionales otra cosa que una tolerante aquiescencia de los dueños de la verdad? ¿Cómo, en fin, desafiar con nuestros modestos tirajes una industria editorial dinámica, subvencionada directa e indirectamente, capaz de establecer modas y personajes prominentes y aceptar y consagrar de fuera, así sea fugazmente, sólo lo que sea consonante a su sistema de poder?

Para empeorar las cosas, el fundamentalismo que hoy domina la disciplina y, sobre todo, el ejercicio de las relaciones internacionales, tuerce de tal manera el debate que lo blanco se vuelve negro y lo negro blanco. Asesorado por lo que hoy es la élite intelectual de la política exterior, Wolfowitz, Kristol, Rice o Kagan, George Bush es capaz de presagiar victorias allí donde la resistencia social se incrementa, deregonar el triunfo de su “revolución democrática global” allí donde las calles

de las grandes capitales del mundo se llenan de protestas y cadáveres. Para el fundamentalismo unilateralista, sólo el enemigo destruye “vidas inocentes”, sólo la nación de la luz puede detentar el poderío para la destrucción masiva que, en manos de los “pueblos de las tinieblas”, se convertiría en una amenaza inaceptable, merecedora de ser abortada de tajo una vez que así lo visualicen la ciencia y la filosofía de los *straussianos* y del esoterismo que, quién sabe por qué, coincide siempre con la voluntad de los señores corporativos. ¿Cómo entablar entonces un diálogo que haga ver la injusticia de las invasiones y llevar, en el más delirante de los supuestos, al examen de conciencia de las dinastías públicas y privadas de los Estados Unidos?

De alguna manera, el peso del sentido común, por no decir del de la ciencia, no puede quedar inerte ante las cosas que pasan. Conocer a los Estados Unidos, histórica e intelectualmente, me parece, sería un paso adelante. Porque el “Segundo Siglo Americano”, que dibujan los cabalistas desde finales del primero, habrá de ser un siglo de todos, sin los propietarios cuyos verdaderos títulos de poder nos fueron ocultados por la inmediatez “científica” del pragmatismo y el empirismo. No cabe otra alternativa.

Referencias bibliográficas

- Aron, Raymond, *Machiavel et les tyrannies modernes*, texto compilación, presentación y anotaciones de Rémy Freymond, París, Éditions de Fallois, 1993.
- Aron, Raymond, “Does Europe Welcome American Leadership?”, en *Saturday Review*, 15 de enero de 1951.
- Conant, Charles Arthur, *The United States in the Orient. The nature of the economic problem*, Houghton, Mifflin and Company, Boston y New York, 1900.
- Foster Dulles, John, “The Power of Moral Forces”, en *The Spiritual Legacy of John Foster Dulles*, Artículos y discursos compilados por Henry P. Van Dusen, Filadelfia, The Westminster Press.
- Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Books Avon, New York, 1992.
- Huntington, Samuel, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Touchstone Books, 1996.

- Kagan, Robert, *Poder y Debilidad. Estados Unidos y Europa en el Nuevo Orden Mundial*, traducido por Moisés Ramírez Trapero, Madrid, Taurus, 2003.
- Kagan, Robert y William Kristol, "The Present Danger", en *The National Interest*, núm. 59, primavera de 2000.
- Kristol, William y Robert Kagan, "Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy", en *Foreign Affairs*, julio/agosto de 1996, vol. 75, núm. 4.
- Lippmann, Walter. *The Essential Lippmann. A Political Philosophy for Liberal Democracy*, Compilado por Clinton Rossiter y James Lare, Vintage Books, A Division of Random House, Nueva York.
- Lippmann, Walter. *The Stakes of Diplomacy*, The Macmillan Company, Nueva York, 1915.
- Morgenthau, Hans J. *Scientific Man versus Power Politics* (1946), Phoenix Books, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- Morgenthau, Hans J. "The Machiavellian Utopia", en *Ethics*, LV (enero, 1945).
- Niebur, Reinhold, *Does Civilization need Religion? A Study in the Social Resources and Limitations of Religion in Modern Life*, The Macmillan Company, Nueva York, 1928.
- Niebur, Reinhold, "Tyrant Servants" (1926), y "An Aristocracy of Spiritual and Moral Life" (1928), en *Young Reinhold Niebur: His Early Writings, 1911- 1931*, Compilado y con introducción de William G. Chrystal, prefacio de John C. Bennett, Eden Publishing House, Saint Louise, Missouri, 1977.
- Niebur, Reinhold, *Moral Man and Immoral Society. A Study in Ethics and Politics* (1932), Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1960.
- Nye, Joseph, *The Paradox of American Power*, Oxford University Press, New York, EUA, 2002.
- Podhoretz, Norman. *The Prophets: Who They Were, What They Are*, 2002.
- Podhoretz, Norman *The Norman Podhoretz Reader: A Selection of His Writings from the 1950s through the 1990s*, editado por Thomas L. Jeffers, 2003.
- Strauss, Leo, "Comments on Carl Schmitt's *Der Begriff des Politischen*" (*Archiv für Sozialwissenschaft un Sozialpolitik*), vol. 67, núm. 6 (agosto - septiembre de 1932), en Carl Schmitt, *The Concept of the Political*, traducción, introducción y notas de George Schwab y comentarios de Leo Strauss sobre el ensayo, New Brunswick y New Jersey, Rutgers University Press, 1976.

Strauss, Leo, *The Political Philosophy of Hobbes. Its basis and Its Genesis (1936)*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1963.

Strauss, Leo, “Natural Right and the Historical Approach” (octubre de 1950), Primer capítulo de *Natural Right and History (1953)*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1965.

Wolfowitz, Paul, “Clinton’s First Year”, en *Foreign Affairs*, enero/febrero de 1994, vol. 73, núm. 1.